

Libertad

Carmen Alborch



Palabras para regalar

Palabras para Regalar es un Proyecto de la Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de Fuenlabrada

Dirigido por Silvia Buabent, Concejala de Igualdad

Conversación con Carmen Alborch el 29 de octubre de 2013

Idea original, diseño y realización:

Luz Martínez Ten

Rosa Escapa Garrachón

Mariel Bajo Hervás

Cristina Mochales Modroño

Con la colaboración de Lucía Muñoz García

Ilustraciones, diseño y maquetación:

Mónica Carretero



Libertad
Carmen Alborch



La libertad se aprende ejerciéndola.

La libertad como camino

Mi trayectoria vital se ha ido tejiendo sobre la construcción de la libertad en la que he ido entrelazando mis principios del feminismo y la democracia. Tal vez esta sea la razón por la que la palabra “libertad”, para mí, tiene un sentido fascinante. En el lado anverso de la libertad, están las restricciones y los mandatos que nos han discriminado y privado de nuestros derechos, determinando el papel que debíamos ocupar tanto en el ámbito privado como en el público.

Yo pertenezco a una generación de mujeres que nos rebelamos contra este mandato que impedía que decidiésemos sobre nuestras propias vidas y participásemos en la construcción de la sociedad en la que creíamos. Como dice Marcela Lagarde, “las mujeres nos queremos liberar de los cautiverios que han existido y existen sobre nosotras mismas”. Por esta razón, la libertad ocupa un espacio central en la democracia y en el feminismo, “ser para decidir”, esa es la clave, el corazón del feminismo y de la política democrática.

De la vivencia a la teoría y, finalmente, a la búsqueda de la libertad

Mi generación creció en una dictadura que determinaba nuestro destino desde el momento en que nacías niña o niño y a la que contribuía, en gran medida, la educación del nacionalcatolicismo. En aquellos años, muchas familias confiaban en la educación de las órdenes religiosas. Mi colegio, que era de monjas, estaba lleno de prohibiciones en forma de pecado, las cuales te sumergían en un laberinto de culpas y miedos que interiorizabas de tal forma que terminabas asumiendo las restricciones como propias. Esa culpa se convertía en una cárcel que te impedía conectar con tus deseos y tu autonomía. La culpa es la mejor medida para restringir la libertad y, junto a ella, la ley del agrado, por la que tienes que complacer a los demás. A pesar de que no podíamos salirnos del guion, nuestras madres nos iban señalando el camino con ese doble mensaje que, por una parte, te indicaba cómo debías comportarte y, por otra, te animaba a vivir la vida que ellas no habían podido vivir. Mi madre, por ejemplo, me decía: “tú que puedes estudiar, hazlo, que a mí no me dejaron”, pero a la vez te encauzaban hacia el modelo tradicional, diciéndote: “no vistas así, no llegues tarde”. Eran madres que nos enviaban mensajes bilingües, por un lado, el mensaje oficial y, por otro, el anhelo de que sus hijas logaran lo que ellas no habían podido conseguir.

Tal vez por eso, desde muy pequeña, comprendí que a los chicos se les trataba de una forma distinta que a las chicas. Ellos, por su lado, tampoco tenían plena libertad, ya que nos había tocado vivir en un tiempo y en

un espacio donde la libertad estaba muy limitada, ni en el ámbito privado ni en el público. Hay que recordar que, en este país, no se podían ver determinadas películas, ni leer ciertos libros, ya que existía la censura. En aquel momento, yo sentía que el hecho de ser mujer condicionaba lo que podía hacer, decir y hasta pensar. De alguna forma, sentía que había un corsé que nos limitaba tan solo por el hecho de ser una mujer. Sentíamos que había restricciones que obedecían a una lógica mandatada sin tenernos en cuenta. Sentíamos la desigualdad. Sentíamos cómo nuestras posibilidades eran menores y que, a pesar de ser capaces, no podíamos desarrollar todo nuestro potencial porque esto iba en contra de lo que nos era permitido.

Cuando comienzas a ser consciente de lo que significa la falta de libertad inicias un proceso que te lleva a rebelarte. En ese momento comienzas a hacerte preguntas y buscas caminos que te ayuden a comprender las razones de esta desigualdad que nos discrimina y limita. Es un proceso largo y complejo, en el que un paso te lleva a otro para conquistar el espacio que nos corresponde por derecho.

Gestos tan sencillos como decir lo que una pensaba o sentía, sin temor al rechazo o al castigo, eran verdaderas revoluciones que te etiquetaban como "rara". Te convertías en una persona excéntrica o rebelde solo porque no respetabas el mandato de género. Nosotras fuimos una generación que hicimos de la libertad y de la cultura una bandera.

En este trayecto de toma de conciencia y reflexión feminista, fuimos transformando la culpa en responsabilidad. Un cambio para

el que es imprescindible pasar de la reflexión individual a la colectiva.

El gran éxito de la lucha de las mujeres ha sido precisamente la fuerza de lo colectivo. Al encontrarnos y poner en común nuestras vivencias, fuimos conscientes de que lo que nos ocurría individualmente no era porque nos llamásemos de una determinada manera o hubiéramos nacido en una familia concreta, a todas nos ocurrían situaciones parecidas, y se debía al hecho de haber nacido mujeres.

Desde esta toma de conciencia, fuimos dando pasos. Primero, concretamos nuestros sentimientos donde ubicábamos la discriminación a través de la puesta en común de nuestras experiencias, ayudando a definir y poner en palabras un sistema que denominamos "patriarcal". Posteriormente, construimos teorías y, finalmente, desde la comprensión de que lo personal es político, pudimos actuar.

En aquellos años en blanco y negro, las feministas buscábamos ansiadamente la libertad que nos permitiera ser, rompiendo esas ataduras que nos impedían respirar.

Para nosotras la libertad era imprescindible para alcanzar la igualdad.



Feminismo y rebeldía

Fui rebelde desde muy joven, tal vez porque no me conformaba con obedecer sin comprender. La transgresión siempre comienza cuando te preguntas el porqué, en una época en que la religión estaba muy presente en las normas y los valores sociales. Al igual que las mujeres de mi época, tuve una educación muy conservadora, en la que tenías que obedecer por mandato. “Se hace así porque yo lo he dicho, porque lo dice la Iglesia, porque lo manda tu padre...”. Pero los mensajes estaban llenos de contradicciones y de ambivalencias.

En la Universidad de Valencia, participé en una asociación de mujeres con las que compartí complicidades en la búsqueda de respuestas desde la perspectiva feminista. Leíamos textos, organizábamos encuentros con expertas y poníamos en común nuestras vivencias y experiencias. El feminismo contemporáneo en España era muy incipiente. El régimen franquista había aniquilado los avances en materia de igualdad que se habían producido en la Segunda República. Mientras en otros países, como Estados Unidos, Italia o Francia, en el 68 se iban configurando distintas líneas teóricas, nosotras no teníamos ninguna línea definida. Muy pronto, tanto las mujeres feministas de la doble militancia como las autónomas, comprendimos que la democracia no podría existir sin igualdad. Fuera cual fuera el debate, el trabajo, las relaciones de pareja, el derecho sexual o reproductivo, el poder, el divorcio... todo estaba atravesado por un sistema

de dominación que nos discriminaba por ser mujeres. En la Asamblea de Mujeres de Valencia, nos coordinamos con otras agrupaciones de mujeres independientes y de grupos políticos incipientes. En aquel momento, a pesar de las distintas tendencias, tanto teóricas como organizativas, todas teníamos claro que debíamos lograr una democracia que no reprodujera el sistema patriarcal.

Entrelazamos nuestras propias experiencias, nuestras vidas privadas, nuestros anhelos y nuestros sueños con las luchas colectivas, porque lo que le ocurría a una mujer nos ocurría a todas. Nos declarábamos adúlteras, y cuando una mujer era juzgada, portábamos carteles declarando que habíamos abortado. Nos uníamos para reclamar una igualdad legal que no llegaría hasta la aprobación de la Constitución de 1978.

En aquel tiempo comencé a dibujar mi hoja de ruta a través de la causa de la igualdad. Con un recorrido tan amplio, nos fuimos descubriendo, profundizando, conquistando terrenos, aun sabiendo que siempre existe la posibilidad de una reacción en forma de retroceso. Recuerdo cuando leíamos *Reacción*, de Susan Faludi, en la época de Reagan, y ahora lo estamos viviendo en nuestro propio país.

El camino recorrido

La diferencia entre la generación de nuestras madres y la nuestra es inmensa. Es la diferencia entre ser ciudadanas y no serlo. Hoy seguimos teniendo dificultades, pero nuestras madres no disponían de autonomía, no sólo económica, sino de la libertad interior que te permite ser libre para decidir sobre todo lo que te atañe. Por una parte, eran dependientes y, por otra, eran para otros. Vivían para los demás. No se podía decidir si se quería ser madre, porque su destino era ser madre, o esposa, y cualquier otra alternativa era muy difícil.

Las restricciones existían en todos los campos. Cuando yo estudiaba Derecho nos explicaban que las mujeres no podíamos ser juezas y éramos poquísimas profesoras. También en nuestro entorno privado nuestra capacidad de decisión era muy reducida. La sumisión y la subordinación estaban muy interiorizadas en el mundo de las mujeres. El solo hecho de caminar por las calles con tranquilidad era un derecho a conquistar. La calle era un lugar lleno de obstáculos, y era el camino para la libertad, para querer tener una profesión, para decidir con quién verte...

El divorcio fue muy debatido ya que había mujeres que tenían muy interiorizada la idea de que si había divorcio, los hombres las iban a dejar. Todos los mensajes de nuestro entorno nos decían que la libertad era algo que nos podía perjudicar. A pesar de todo, había muchas mujeres

trabajando a muchos niveles, fuera y dentro de casa, aunque con salarios y condiciones inadecuadas o discriminatorias con respecto a los hombres.

Este país ha cambiado, pero sobre todo por las mujeres. Lo puedes constatar en nuestra presencia en las empresas, sindicatos, universidades y en la política. Y aunque sigue habiendo muchas desigualdades, ahora podemos intentar ser y estar. Entonces, muchos espacios estaban vetados para nosotras.

Amelia Valcárcel dice que el feminismo ha ido contribuyendo a cambiar la libertad subjetiva de las mujeres, y la libertad también nos ha dado otra manera de estar en el mundo.

También Alessandra Bocchetti explica que buscamos nuestro lugar en el mundo, y el mundo es nuestro lugar, porque todo nos concierne.





La libertad como solidaridad

El feminismo es un patrimonio de las mujeres de todo el mundo y debería ser declarado Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, porque creo que ha mejorado el mundo. Sin embargo, ha sido en los países democráticos donde hemos podido ir realizando mayores conquistas. Los derechos, como la educación, nos han abierto la puerta a empleos y profesiones, a la participación, a la ciudadanía... y, gracias a ello, somos más conscientes de lo que somos, de la injusticia y, sobre todo, de los retos que nos quedan.

En los países donde las mujeres no tienen acceso a la educación, ni al conocimiento, es mucho más difícil que puedan llegar a la autonomía. Es muy posible que intuyan la libertad, incluso que intenten encontrar un camino a través de la rebelión, como en el caso de Malala, pero necesitamos que las mujeres de todo el mundo accedan a la educación, para empoderarse y conseguir una autoestima individual y colectiva que les permita transformar la discriminación en igualdad y libertad.

Ser feminista es comprometerte con el destino de todas las mujeres, ampliando las redes de reivindicación y apoyo. Las feministas debemos de dotarnos de referentes pasados y presentes que nos aporten seguridad.

Todas, en un momento dado, nos hemos sentido extrañas cuando hemos caminado contracorriente, expuestas cuando hemos denunciado

situaciones injustas que eran aceptadas como naturales. A todas nos han temblado las piernas cuando, por primera vez, hemos expresado nuestras ideas en público. Por eso, es importante saber que no estamos solas y que otras ya han recorrido con valentía este camino, aportándonos la fuerza que necesitamos.

Ser parte de esa red nos ayuda a sentir la libertad de reclamar nuestro derecho a incidir en un mundo más justo y apoya el que nos sentimos más libres por la lucha de otras mujeres y por la igualdad, desde el respeto a su propia diversidad.

La diversidad ha enriquecido la política, la cultura, la educación... porque la diversidad es enriquecedora. Cuando hay más voces, más miradas, más perspectivas, se construye un discurso más humano. Cuando incorporamos las necesidades, opiniones y expectativas de las mujeres en la agenda política, en las instituciones, en los acuerdos internacionales, hacemos presentes realidades que han estado invisibilizadas, ayudando a construir una estrategia donde hombres y mujeres estemos representados.

Espacios por conquistar. La igualdad en el amor

A pesar del gran camino recorrido, aún existen condicionantes que sitúan a las jóvenes en la fragilidad. Una de las muestras más dramáticas es la violencia contra las mujeres jóvenes. Parecen empoderadas, porque tienen información, estudian, se mueven en mundos donde hay otras muchas mujeres, espacios de más diversidad, sacan estupendas notas, son guapas, se relacionan estupendamente, pero luego las controlan con los móviles: "¿dónde estás?", "no me gusta cómo vas", "¿qué has hecho?". Estrategias para crear inseguridades y esa es la demostración más dramática y preocupante de la desigualdad.

La vida con amor es muchísimo mejor que la vida sin amor, pero el precio del amor no puede ser tu valía, tu autoestima o tu plenitud. No es posible que nuestra realización personal siga dependiendo de si estás en pareja o no, y, sin embargo, no hemos superado esto. Cuando veo a una chica joven llorar, sé que llora por desamor o por incomprensión, y ese sufrimiento va acompañado de la devaluación de una misma. La tarea pendiente es aprender que tú eres estupenda aunque fulanito no te quiera, este es el verdadero paso que creo que todavía no hemos aprendido.

Virginia Woolf decía que los hombres, cuando se miran a un espejo, se ven dos tallas más, mientras que nosotras nos vemos a través de ellos.



Aprender a amar desde el reconocimiento sólo se puede conseguir a través de una educación que enseñe a amar de forma saludable, con equidad, con respeto y de forma alegre.

A todas nos gustan los violines y la música que te lleva al cielo... pero es necesario ser consciente de lo que nos conviene y de lo que no nos viene bien. Hay que aprender que los celos no son una muestra de amor, sino de posesión. El amor se manifiesta cuando dos personas se sienten libres y pueden amarse tal y como son, sin imposiciones, eso es buscar la libertad.



Continuar en el camino de la igualdad y la libertad

Las jóvenes continúan dibujando el camino del feminismo. Lo hacen desde un tiempo diferente, con sus propios códigos y estrategias. Cuentan con el referente de las mujeres que las precedieron en el camino de la igualdad. Las redes sociales les ofrecen muchas posibilidades de compartir información, organizarse y expresarse. Tanto las mujeres de mi generación como las jóvenes seguimos implicadas en el proyecto de igualdad en el que creemos. Muchas veces coincidimos en el mismo espacio, dialogando y cooperando. Otras, caminamos por calles paralelas, pero reconociéndonos. Por eso, creo que esta no es una carrera de relevos, no llevamos el testigo un tiempo y se lo pasamos a las jóvenes, el testigo lo llevamos todas, cada una desde nuestro compromiso y momento vital. Hay tramos en los que estás más implicada porque dispones del tiempo y la energía, otras épocas, en las que la intensidad de tu actividad es más sosegada, pero sigues viviendo el feminismo como parte de tu identidad. Esto lo hemos aprendido con Alessandra Bocchetti, no siempre puedes estar con el mismo grado de implicación, pero siempre está ahí, y cuando te pones las gafas de la igualdad, que también son las de la libertad, no existe la renuncia. Puede que haya habido equivocaciones, aciertos, momentos más positivos y otros más complicados, pero siempre hemos estado en el camino.

Cuando te comprometes con la libertad y la igualdad, tu vida no tiene sentido sin ellas. María Zambrano decía: “ser libres es ser responsables”, el ser libre no es nada fácil porque implica decidir sobre cómo quiero que sea mi vida y después intentar encontrar la coherencia entre tus pensamientos y tus acciones.

Muchas veces la libertad estará condicionada por el tiempo y las circunstancias del lugar donde se vive. En el caso de las mujeres, nuestra libertad ha estado secuestrada por un sistema patriarcal que decidía por nosotras. Esta es la razón por la que, desde el feminismo, luchamos por una sociedad en la que exista la igualdad y la democracia. Porque es la única forma en que podremos decidir con libertad sobre nuestras propias vidas.



Feminismo como actitud vital

Hemos sido unas rebeldes con causa. Tal vez comenzamos de forma intuitiva porque sentíamos que en el sometimiento, en la ausencia de libertad, hay una tristeza profunda que tiene que ver con la renuncia vital. La vida tiene que ser vivida con toda la intensidad. Una intensidad que no sería posible sin los derechos que nos permiten sentirnos partícipes del mundo y poder disfrutar. El feminismo es reivindicación, pero también es la energía que necesitamos para participar de todo lo que nos concierne individual y colectivamente.

Desde el feminismo, nos hacemos conscientes de nuestras capacidades y del potencial que tenemos para transformar lo que a veces nos parece inalcanzable. Hemos ido conquistando lo que parecía imposible. Y todo esto nos aporta mucha energía... mucha alegría. Toda esta fuerza nos permite ocupar nuestro lugar en el mundo. Y el mundo es nuestro lugar.

Somos feministas, responsables, alegres y libres.
Y todo esto contribuye a la dignidad de las mujeres.



Este es un proyecto donde distintas amigas nos han ofrecido su experiencia, y con los hilos de las entrevistas hemos tejido el significado de las palabras que os regalamos.



Ayuntamiento de
FUENLABRADA
Concejalía de Igualdad